

ÍÑIGO LAVIADA ARRIGUNAGA (1927-1997)

El lunes santo, 24 de marzo de 1997, falleció en la ciudad de México Íñigo Laviada Arrigunaga, profesor de Historia General del Derecho por casi 35 años en nuestra Escuela.

Había nacido en 1927 en Mérida, Yucatán, donde también cursó el primer año de los estudios jurídicos. En 1946 ingresó a la Escuela Libre donde se recibió como abogado el 5 de noviembre de 1951 con una tesis que fue premiada como el mejor trabajo de ese año titulada *El concepto de soberanía: título de ejercicio, modo, límites*. Su trabajo fue el fruto de una serie de variadas lecturas y meditaciones profundas en torno a los límites éticos y políticos del poder del Estado desde la perspectiva católica; Delos, Suárez, Preciado Hernández, Tomás de Aquino, Jiménez Fernández, León XIII, Pío XI, Gregorio Marañón, Juan Solórzano, Rousseau, Duguit, Jellinek, Pío XII, Caso, Balmes, y otras decenas de autores citados mostraron a un joven estudiante dueño ya de una excelente formación humanista que pensaba fundadamente que "la función y finalidad del Estado y su soberanía es organizar y mantener un medio social propicio para que la persona humana pueda alcanzar los fines superiores de su existencia. Luego dichos fines de la persona humana son superiores al Estado y limitan a éste". La solidez de esta formación le permitió ocupar desde 1955 la cátedra de Historia General del Derecho, en el cuarto año de los estudios profesionales en nuestra Escuela, en donde desarrolló un método nada convencional: empezaba su curso en la época presente y retrospectivamente lo concluía en los periodos históricos más antiguos. Resultado de tantos años de docencia fueron unos apuntes de Historia del Derecho que por desgracia

no han visto luz y en los cuales trabajaba poco antes de su penosa enfermedad.

Estos datos, fríos y objetivos, los consigna quien fuera su alumno en el inolvidable curso de 1975-1976 y es su continuador en el empeño de plantear la necesidad y el valor de la Historia del Derecho dentro de los estudios jurídicos. Lo que no puede ser frío ni objetivo es intentar dar una semblanza de don Íñigo, porque ésta ha de nacer del recuerdo y alimentarse del sentimiento. Los que fuimos sus alumnos lo recordaremos siempre como aquel enorme profesor (medía casi dos metros), prematuramente canoso, de espalda inclinada y risa franca que nos seducía por su manera clara y cálida de recordarnos una historia rodeada de hechos, fechas y personajes que habíamos aprendido de niños y olvidado. Él, dueño de un finísimo sentido del humor, siempre despistado y siempre inteligente, había desarrollado una enorme capacidad de observación que puso siempre al servicio del análisis histórico, social y antropológico. No lo conocí como abogado pero un recuento rápido de sus obras exhibe dos libros dedicados a temas jurídicos: *Deficiencias frecuentes en las actas de emisión de acciones y en las estipulaciones pactadas* (Academia de Derecho Bursátil, 1979) y *Teoría y práctica del Seguro Social en México* (Confederación Patronal de la República, 1973) y unos cuantos artículos publicados en revistas especializadas. En cambio, a Laviada lo recordaré siempre por ser ese profesor de historia jurídica que hizo volar mi imaginación y quien además de ayudarme a definir mi vocación, tanto me enseñó —sin saberlo— en sus fascinantes charlas en torno a una mesa en las comidas anuales que por Navidad organiza la Escuela Libre. Ahí me percaté de la verdadera vocación de un profesor aparentemente distante: un humanista. Fue un hombre interesado por el hombre desde una visión cristiana y poseedor de unos instrumentos formidables para tratar de conocerlo y, desde aquí, amarlo: la historia, la antropología (ha sido el mejor antropólogo social empírico que he conocido), la teología, el derecho... y su pertinaz inclinación hacia los viajes. Precisamente por ser humanista fue viajero, investigador y conversador, sólo después un escritor. Sentido común y del humor, capacidad de análisis, investiga-

ción empírica, viajes, entrevistas, charlas —muchas charlas— excursiones a la sierra y a su tierra, y lecturas —muchas lecturas—, nada le fue indiferente ni prescindible frente a su preocupación por los problemas del hombre... del mexicano... de nuestros indios. De aquí nacieron tres libros que por sí mismos revelan su impactante personalidad: *Mansos, mensos y hospitalarios* (Diana, 1975), *Los caciques de la sierra* (Jus, 1978); *Vida y muerte de un latifundio* (Porrúa, 1984) y su enorme producción editorial; mucho antes de morir me envió el fruto de una labor periodística continuada por más de 30 años en *Excélsior* y en el *Diario de Yucatán*. Producto de ese poco común sentido de la observación fueron más de 370 editoriales donde uno puede repasar el latir de México y del mundo por tres décadas. El periodismo se convirtió en él en la manera de plasmar y dejar constancia de algo de lo mucho que le preocupó; poco escapó a su vista y nada le fue indiferente.

Conocer fue para él un imperativo que lo llevó a viajar y a leer para, de este modo, conocer y amar mejor al hombre. Díganlo si no sus propias palabras, suscritas en su libro de viajes *El hombre en el mundo socialista* (Comercial Nadrosa, 1968):

“La práctica del amor al prójimo, por el amor a Dios, esencia de la vida cristiana, exige previamente el conocimiento del prójimo. No se puede amar a quien no se conoce”

Quiso conocer para amar; conoció y amó. Descanse en paz

J.A.F.